

Iglesia Católica y tradición: un debate necesario

Lluís Oviedo Torró, OFM

Pontificia Universidad Antonianum
E-mail: loviedo@antonianum.eu

Recibido: 21 de enero de 2020
Aceptado: 26 de junio de 2020

RESUMEN: Se discute últimamente sobre la conveniencia de cambiar algunas tradiciones en la Iglesia católica. Conviene trasladar el debate a una cuestión más de fondo en torno al valor y alcance de las tradiciones en esta Iglesia; con ese fin se repasan argumentos a favor y en contra y se sugieren algunas posibles líneas de actuación a la luz de dichos análisis.

PALABRAS CLAVE: tradición; renovación; evolución cultural; complejidad social; contra-culturas; adaptación; celibato.

The Catholic Church and tradition: a necessary debate

ABSTRACT: There has been some discussion lately about the desirability of changing some traditions in the Catholic Church. It is appropriate to move the debate to a more fundamental question about the value and scope of the traditions in this Church; to this end, arguments for and against are reviewed. We suggest some possible lines of action in the light of these analyses.

KEYWORDS: tradition; renewal; cultural evolution; social complexity; counter-cultures; adaptation; celibacy.

1. Introducción

Una idea bastante extendida dentro y fuera de la Iglesia es que se trata de una institución esencialmente tradicionalista, resistente al cambio o las reformas, y por consiguiente refractaria a cualquier tipo de progreso. Bueno, dicho así la cosa suena demasiado fuerte y muchos preferiríamos introducir matices, pues ciertas formas de progreso –social, médico– sí han sido claramente promovidas por los católicos. No obstante, la idea es bastante clara: muchos consideran que la capacidad para mantener vivas sus tradiciones es el principal ‘activo’ con el que cuenta esa confesión cristiana –aunque no es la única, claro–. Si se acepta dicha premisa, todo cambio, modernización o reforma será vista con gran sospecha y encontrará gran resistencia. De hecho, buena parte de los problemas con los que tropieza el papa Francisco y sus propuestas de renovación parecen derivar de dicha convicción: la Iglesia pierde cuando cambia sus tradiciones, y gana en la medida que es fiel a las mismas. No es raro entonces que las tímidas aperturas hacia las personas divorciadas y el acceso de hombres casados al sacerdocio, que implican algunos cambios respecto de tradiciones pluriseculares, sean opuestas desde varios sectores con gran desconfianza.

La cuestión en los casos citados no se reduce a la viabilidad de ciertas medidas que quizás permitirían a la Iglesia una mejor adaptación a las nuevas circunstancias, sino –remontándonos a temas generales y previos– a la oportunidad de adaptar la praxis eclesial e incluso la interpretación de la doctrina cristiana a tiempos muy distintos de los que conoció en sus épocas formativas y de gran crecimiento eclesial, o incluso en tiempos más recientes marcados por ‘guerras culturales’ y dificultades de la fe en ambientes modernos hostiles, en los que la estrategia mejor era la resistencia a ultranza.

Está claro que los tiempos y el ambiente cultural han cambiado mucho y que la situación de la Iglesia en las zonas occidentales es bastante difícil, debido a una suma de factores que han determinado una crisis de gran calado, desafección y desinterés hacia la propuesta cristiana, al menos en su formato tradicional, y no está claro que otros formatos más modernizados procuren mejores resultados. En esa situación son muchos los que se preguntan cuál sería la mejor estrategia o actitud ante ese nuevo contexto: la que apuesta por cambios que permitan una adaptación más eficaz, con medidas que ayuden a modernizar o actualizar viejas

formas; o más bien, la fidelidad a los modelos de siempre, incluso a costa de convertirnos en poco adaptativos o contraculturales, pero afirmando así una identidad y diferencia que impediría ser absorbidos en la vorágine de las culturas dominantes.

Una tarea urgente para una teología de orientación práctica, es decir que trata de detectar los problemas presentes en la vida de fe y la Iglesia y de aportar soluciones a partir de un análisis riguroso, es precisamente ayudar a discernir sobre la conveniencia de mantener un esquema de conservación de las tradiciones recibidas, sin cambios significativos, o bien de practicar aperturas y ensayar soluciones que impliquen riesgos y novedades para afrontar tiempos y circunstancias nuevas. En lo que sigue me propongo hacer un breve repaso de los posibles argumentos que justifican ambas posiciones: la tradicionalista y la aperturista, con el fin de iluminar el camino que lleve a tomar las decisiones más adecuadas. La idea es introducir un debate que ha sido sólo latente y que requiere un tratamiento más ambicioso.

2. El peso de la tradición: fidelidad al pasado y resistencia al cambio

No hay que esforzarse mucho para encontrar argumentos a favor de una actitud en la Iglesia católica que privilegia la estabilidad de la tradición frente a los riesgos de los cambios y reformas. Recuerdo un sacerdote inglés que afirmaba que una función de la Iglesia era ser *tradition keepers* o guardianes –en el sentido de ‘guardar’– de la tradición, frente a otras corrientes o instancias que apuestan decididamente por el cambio o la evolución. Creo que lo único que cabe hacer es organizar dichos argumentos y cotejar su peso de forma crítica, antes de pasar a exponer el caso alternativo.

Al menos podemos observar dos tipos de argumentos en favor de la tradición: los más teológicos, y otros más filosóficos y sociológicos. En el primer apartado, el tema está bastante claro: la Iglesia vive de la tradición, que la constituye, y sería altamente temerario intentar apartarse de ella o cambiarla. La Tradición en mayúscula o la ‘Gran Tradición’ es una dimensión de la revelación cristiana para los católicos, que no la reducimos al texto bíblico, sino que la ampliamos a un cuerpo de enseñanzas importantes que se ha ido sedimentando

a lo largo de los siglos. Sin embargo, tengo la impresión de que no hay un claro consenso entre los teólogos católicos sobre el alcance y campo de aplicación de dicho concepto, qué es lo que engloba y qué tratamiento merece. Podemos hablar de una visión esencialista o mínima y de una más expansiva que englobaría muchos textos y prácticas de todo tipo –litúrgicas, espirituales, morales– a lo largo de la historia. Parece que en ese caso el concepto se difumina bastante y además debe hacer espacio para un inevitable pluralismo de fuentes, versiones, y actitudes no siempre fácilmente componibles en un conjunto coherente.

Está claro que la Iglesia vive y se alimenta de la tradición, pero está mucho menos claro su alcance y la flexibilidad a la hora de recibirla e interpretarla. Se trata de un problema que se plantea con fuerza en relación con el texto bíblico, y que se vuelve de una complejidad ingobernable en el intento de fijar un cuerpo o canon de la tradición, que puede identificarse sólo con el Magisterio o bien puede ir mucho más allá para integrar las enseñanzas de grandes teólogos o los testimonios de vida de los santos y santas. La dependencia de la tradición es un dato de hecho, pero es menos claro el modo de interpretarla, y de forma parecida al texto

bíblico conocemos también en este caso versiones opuestas: entre los más fundamentalistas y literalistas –por un lado– y los más liberales y flexibles –por otro–.

Los motivos externos pueden resultar más interesantes o añadir nuevos matices al debate. Me refiero fundamentalmente a tres: el filosófico sobre la tradición como la fuente más segura del saber; el sociológico en torno a la necesidad de frenar o contener el aumento de complejidad; y el culturalista sobre el valor de las expresiones contraculturales. El primer argumento se plantea en el siglo xx, dejando atrás la discusión moderna entre antiguos y modernos, y el llamado ‘tradicionalismo’ como corriente sobre todo francesa que en el siglo xix intentó privilegiar la tradición como fuente primera de saber, de gobierno y de moralidad. El tradicionalismo no tuvo un recorrido demasiado largo –de hecho, fue condenado en el Concilio Vaticano I¹– pero sí lo tuvieron expresiones más moderadas que apuntaban a un valor normativo de las tradiciones que se han sedimentado a partir de un proceso de selección histórica, que ha ido filtrando los mensajes, análisis y contenidos que han convencido

¹ En la Constitución dogmática *Dei Filius* del 1870.

más a un sinfín de generaciones. El pensamiento hermenéutico, representado por Hans Georg Gadamer apunta en esa dirección², y justifica el valor irremplazable de los clásicos y de una herencia intelectual que ayuda a comprendernos y a comprender nuestro mundo mejor que la ciencia o los análisis críticos. Una idea similar proviene de las propuestas sobre el valor del canon literario en Harold Bloom³, como conjunto de grandes obras fijado por la crítica literaria y que adquieren un valor normativo, no sólo estético sino también moral.

Lo importante en todo movimiento filosófico a favor de la tradición es una valoración del pasado y de sus enseñanzas sobre el presente y sus urgencias: hemos aprendido mucho a lo largo de la historia, y no sería justo olvidar esas enseñanzas, lo que nos hace desconfiar de las apariencias inmediatas. En sus versiones más extremas se postula una 'sabiduría perenne' y resistente a cambios o a la evolución de ideas; en formatos más discretos esa corriente simplemente invita a la moderación y la prudencia en nombre del pasado y de

todo lo que hemos aprendido a lo largo de la historia.

Una versión distinta del valor de la tradición la ofrece el filósofo polaco Leszek Kołakowski, quien entiende el papel fundamental e imprescindible del pensamiento cristiano en Occidente, y su aportación de estabilidad ante una modernidad convulsa y en constante prueba o crisis⁴. En su análisis concibe la fe católica como un conjunto orgánico en el que los distintos elementos se integran de forma armónica. Kołakowski teme que los intentos de modernizar algunas partes de ese mensaje o de introducir interpretaciones bíblicas más realistas y críticas conmuevan todo el edificio y amenace su estabilidad o delicado equilibrio: una vez se duda de la autenticidad histórica de un solo versículo, no hay motivo para confiar en todo el resto.

Si hablamos del equilibrio entre dinamismo moderno y estabilidad de la tradición, entonces podemos aludir a otras teorías que sostienen una tesis parecida. Por ejemplo, la teoría de los sistemas sociales de

² H.-G. GADAMER, *Verdad y método*, Sígueme, Salamanca 1992.

³ H. BLOOM, *El canon literario*, Arco, Madrid 1998.

⁴ L. KOLAKOWSKI, *Modernity on Endless Trial*, University of Chicago Press, Chicago 1997; no es ni mucho menos el único filósofo en esa línea; véase también el católico R. SPAEMANN, *Ensayos filosóficos*, Cristiandad, Madrid 2004.

Niklas Luhmann, para quien el conjunto social evoluciona a través de sus subsistemas, pero donde dicho proceso genera un exceso de complejidad y de indeterminación cuyos límites debería fijar una instancia particular, como la religión, al afirmar límites morales o ligados a textos canónicos que representan puntos fijos que no conviene superar, para el bien de todos⁵. Una lectura similar se propone a partir de textos del gran pensador católico Romano Guardini⁶ –que no era un tradicionalista– pero que desconfiaba de las dinámicas de la técnica en el siglo xx, algo que le acercaba a otra gran figura de ese tiempo: Martin Heidegger⁷. La tecnología engendra una dinámica de mejoramiento autónomo que acaba por subvertir cualquier idea fija o tradición, con un efecto muy desestabilizador que amenaza con diluir cualquier valor o norma ética. En estos casos la idea común es que el progreso tecnológico pueda desencadenar una aceleración que produce un cierto vértigo al perderse las referencias sociales y culturales que nos han sido de gran utilidad en tiempos

⁵ N. LUHMANN, *Funktion der Religion*, Suhrkamp, Frankfurt a.M. 1977.

⁶ R. GUARDINI, *Die Technik und der Mensch: Briefe vom Comer See*, Matthias Grünewald, Mainz 1990 [1927].

⁷ M. HEIDEGGER, *Die Technik und die Kehre*, Klett-Cotta, Stuttgart 2002 [1953]

pasados y ante las muchas crisis que hemos vivido. Ese mismo tema encuentra una continuidad en los análisis críticos de un pensador actual: Hartmut Rosa, quien denuncia en dicho proceso una fuerte alienación⁸. De una forma o de otra se opone el vertiginoso ritmo de cambios y progreso en el presente, a la estabilidad y permanencia de valores sólidos que representan las tradiciones en las que se ha apoyado la civilización occidental y ha cimentado su crecimiento.

El tercer motivo importante que pueden esgrimir los defensores de la tradición católica recurre a algunos temas de los llamados ‘estudios culturales’, en los que encuentra una posición cómoda el fenómeno de las contraculturas, de los nichos culturales minoritarios y las culturas de la resistencia. Dicho así, suena a todo menos a una actitud conservadora, pues tales categorías han servido más bien para describir movimientos alternativos y radicales, como el feminismo, los de minorías raciales y sexuales que reivindicaban sus derechos y su expresión distintiva. Poco hace pensar que las mismas expresiones se puedan aplicar

⁸ H. ROSA, *Alienación y aceleración: hacia una teoría crítica de la temporalidad en la modernidad tardía*, Katz, Madrid 2016.

a grupos conservadores dentro de la Iglesia católica, por muy minoritarios que aparezcan. Lo cierto es que la idea de radicalidad ha sufrido algunos desplazamientos culturales y semánticos y deja hoy de ser patrimonio de los progresistas. Por ejemplo, el movimiento *Radical Orthodoxy*, capitaneado por el teólogo anglicano John Milbank⁹ reivindica con un lenguaje radical y muy crítico posiciones más bien típicas del tradicionalismo católico –bueno, no en todos los aspectos–. Los ejemplos pueden multiplicarse, como es el caso de otro teólogo protestante, esta vez americano, Stanley Hauerwas, quien mezcla radicalismo y conservadurismo en varios de sus ensayos¹⁰. La idea es que no está mal, sino todo lo contrario, que pervivan grupos culturalmente a contracorriente, mal adaptados a los ambientes dominantes, que llegan incluso a subvertirlos, para reivindicar valores e ideas que, a pesar de su contraste

o gracias al mismo, pueden fecundar y mejorar aspectos disolutivos o negativos en dichas culturas. Se ha llegado a afirmar que es precisamente ese carácter contra-adaptativo o ese tono extraño y lejano de las culturas dominantes, lo que da verdadera relevancia a la fe cristiana¹¹.

Como puede verse, no faltan buenos argumentos a quienes hacen bandera de la tradición católica y la presentan como su tesoro más valioso, o consideran cualquier cambio como una locura que podría dar al traste con todo el ‘sistema católico’, que está bien engarzado en torno a una serie de valores y prácticas, coherente, pero al mismo tiempo frágil y vulnerable ante las tentaciones de cambio o de modernización, algo que ya habría tenido lugar antes con graves consecuencias; me refiero, claro está, al Concilio Vaticano II y sus esfuerzos de renovación del catolicismo, y que ciertos sectores entienden como un experimento fallido.

⁹ J. MILBANK, C. PICKSTOK, G. WARD, *Radical Orthodoxy: A New Theology*, Routledge, London 1998; un ejemplo aún más elocuente de esa reivindicación de la ortodoxia como contracultura es G. WARD, *Cultural Transformations and Religious Practice*, Cambridge University Press, Cambridge 2005.

¹⁰ S. HAUERWAS, *Wilderness Wanderings: Probing Twentieth-century Theology and Philosophy*, Routledge, London 1997; de hecho esta obra se incluye en una serie bajo el título de “Radical Traditions”.

¹¹ J. MILBANK, *The Word Made Strange: Theology, Language, Culture*; Wiley-Blackwell 1997; véase también N. LUHMANN quien considera que la religión se vuelve significativa en cuanto contra-adaptativa: “Society, Meaning, Religion – Based on Self-Reference, *Sociology of Religion* 46-1 (1985), 5-20.

3. Renovación y progreso como claves de una mejor adaptación

Si se dan buenos argumentos en la parte de los conservadores, no faltan tampoco a los que demandan renovación o reformas. Si nos asomamos al campo teológico, quizás sea más difícil encontrar una teología explícita a favor de unos cambios que puedan relativizar la fuerza de la tradición. Se dan tímidas expresiones a favor de la necesidad de reforma en la Iglesia, algo que de todos modos no debería cuestionar elementos tradicionales, sino más bien reivindicarlos con más fuerza; y por supuesto propuestas en favor de un 'desarrollo doctrinal' algo que ya inspiró a John Henry Newman –que no era un progresista– y que se ha tratado de algo muy limitado o contenido¹². Conviene recordar de todos modos que –de forma casi simétrica al tradicionalismo– también el mundo católico conoce expresiones liberales y demandas de mejor adecuación a los tiempos modernos, en lo que se dio en llamar 'modernismo' a finales del siglo XIX e inicios del XX y que reflejaba una sensibilidad y temas similares a los de la teo-

logía liberal en casa protestante. Como sabemos, dicha tendencia fue condenada por la Iglesia, que consideró heréticas muchas de sus propuestas¹³.

Quizás el caso teológico a favor de una evolución de ideas y prácticas no se plantea de forma explícita y teórica, sino histórica y práctica, como algo 'de hecho'. En efecto, basta un repaso a la gran evolución que conoce la recepción cultural de la figura de Cristo, tal como nos la cuenta la magnífica obra de Jaroslav Pelikan, *Jesús a través de los siglos*¹⁴, para darnos cuenta de cómo han cambiado las cosas a lo largo de los tiempos en un tema que nos puede parecer absolutamente fijo o inmutable. La percepción en la historia reciente puede ser todavía más patente. Recuerdo una conferencia del filósofo Julián Marías en un encuentro de obispos y teólogos españoles en el otoño de 1999, donde afirmó que, sin duda alguna, la Iglesia católica era la institución que más había cambiado a lo largo del siglo que terminaba. Para muchos observadores, el catolicismo de finales del siglo XX tenía bastante poco que ver con el de los años 40 y 50.

¹² J. H. NEWMAN, *Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina cristiana*, Universidad de Salamanca 1997.

¹³ Pío X, Encíclica *Pascendi Dominici gregis*, 1907.

¹⁴ J. PELIKAN, *Jesús a través de los siglos: su lugar en la historia y la cultura*, Herder, Barcelona 1989.

Basta preguntar a los sacerdotes y religiosos supervivientes de esa época.

Lo irónico es que en teoría la Iglesia católica es inamovible, muy estable y fidelísima a la tradición, pero en la práctica los siglos han conocido muchos cambios y adaptaciones a culturas muy distintas de las que conocieron sus orígenes, por no hablar de regímenes políticos, afinidades ideológicas, valores morales o representaciones teológicas, a pesar de la aparente fidelidad a un cuerpo doctrinal canónicamente establecido, y por tanto muy sólido.

De todos modos, conviene reparar los argumentos externos que pueden apoyar una actitud más abierta al cambio o a explorar nuevas adaptaciones de la Iglesia a las sociedades avanzadas. En el primer lugar de una larga lista podríamos situar al filósofo alemán Jürgen Habermas en su discusión con Gadamer¹⁵. Dicho debate puso de manifiesto un límite importante de la tradición tras un siglo de conciencia crítica: las tradiciones a menudo sirven para justificar situaciones de dominio por parte de segmentos poderosos e interesados en no perder sus privilegios,

que legitiman a menudo en nombre de una tradición. Ese reproche nos parece hoy tan obvio que no merece comentario; en todo caso, el problema está entonces en el límite de la actitud de sospecha ante cualquier tradición o norma, lo que podría llevar a una total disgregación social y al caos más absoluto.

Otra forma de afrontar de manera crítica el fetichismo de la tradición es el estudio del historiador inglés Henry Hobsbawm¹⁶, quien acuñó la idea de “la invención de la tradición”. En su fino y bien documentado análisis, demuestra que ciertas tradiciones europeas que se remitían a siglos anteriores, o al periodo medieval, resultaban ser invenciones recientes, de mediados del siglo XIX en algunos casos, lo que proyectaba una fuerte sospecha hacia las voces que reivindicaban el valor normativo de muchas tradiciones, que quedaban bastante relativizadas cuando se descubrían sus verdaderas genealogías. En buena parte el esfuerzo de Hobsbawm tenía bastante de ‘deconstrucción’ o de un procedimiento que pone en evidencia los flecos disimulados, las exclusiones, o las perspectivas que arrojan una luz muy distinta a

¹⁵ J. HABERMAS, H.G. GADAMER, *Hermeneutik und Ideologiekritik*, Suhrkamp, Frankfurt 1971.

¹⁶ E. J. HOBBSAWM, *La invención de la tradición*, Crítica, Barcelona 2012.

lo que se pretende como muy valioso. Dicho método amenaza con devaluar cualquier principio o tradición por muy sólida que parezca, pues todo tiene orígenes poco claros o zonas oscuras que proyectan su sombra en la actualidad. No es nada difícil aplicar dicho análisis a muchas tradiciones cristianas para poner al descubierto ambigüedades, privilegios y formas de dominio y sumisión en nombre de grandes valores y tradiciones ancestrales.

De todos modos, el argumento hoy más potente a favor de los cambios o reformas es práctico, o teórico sólo en la medida que se apoya en la observación de procesos históricos. El argumento práctico en favor de los cambios tiene que ver con lo insostenible de algunas situaciones actuales, o con la inviabilidad de modelos de praxis eclesial que se han vuelto claramente disfuncionales. En ese sentido, por mucho que teorice-mos sobre el valor de tradiciones sacrosantas, si son hoy día insostenibles –como en el caso del celibato sacerdotal– el debate a ese nivel deja de tener sentido. Como decía un viejo refrán, si no hay campanas es inútil discutir sobre la oportunidad de hacer repiques. Si en la práctica no se dan vocaciones sacerdotales en las regiones occidentales, tiene poco sentido

reivindicar el valor inamovible de la disciplina del celibato. Ese mismo principio se puede aplicar a otras tradiciones católicas que dejan de tener sentido en el contexto de las sociedades avanzadas, simplemente porque no funcionan o dejan de tener vigencia cultural para ser abandonados en la praxis corriente, como por ejemplo la insistencia en la castidad prematrimonial.

El tema se puede plantear a un nivel más teórico recurriendo a los recientes estudios sobre evolución cultural. La idea central es que, de forma similar a la evolución biológica, sin la que no se comprende el mundo de la vida, así también las culturas evolucionan siguiendo pautas de variación, selección y adaptación a nuevos ambientes. El principio de evolución cultural consagra un dinamismo que pone en cuestión cualquier intento de postular la estabilidad atemporal de tradiciones inmutables. Desde esta nueva perspectiva, todo cambia, todo evoluciona y se adapta a nuevos contextos y circunstancias, o de lo contrario acaba por extinguirse¹⁷.

Las religiones son fenómenos eminentemente culturales, y por tan-

¹⁷ R. BOYD, P. J. RICHEYSON, *The Origin and Evolution of Cultures*, Oxford University Press, Oxford 2005.

to sujetas a la misma dinámica de evolución cultural. Para quien estudie la historia de las religiones, se trata de algo demasiado obvio: aunque conozcan esfuerzos de conservación de sus textos canónicos y de sus enseñanzas fundamentales, no cabe duda que todas las religiones que se han expandido y siguen teniendo vigencia son el producto de una evolución y han seguido durante los siglos una pauta evolutiva, dando origen a nuevas variaciones o versiones, que en muchos casos han sucumbido al tiempo y se han extinguido, pero en pocos casos han logrado afirmarse y han sobrevivido, dando lugar a expresiones mejor adaptadas a tiempos distintos. La historia de reformas dentro del cristianismo, y que ha dado lugar a nuevas confesiones o a versiones actualizadas o reformadas dentro del catolicismo, es una prueba histórica de dicho proceso: el cristianismo también ha evolucionado a lo largo de los siglos y conoce expresiones variadas, unas mejor adaptadas que otras.

Ahora bien, el que se pueda observar la historia desde ese prisma, para poner en evidencia cambios sustanciales, nuevas versiones y prácticas emergentes junto a otras que han perdido valor o sentido, no soluciona el problema en el presente, pues es bastante obvio para

los estudiosos de la evolución cultural que ésta a menudo produce formas mal-adaptativas¹⁸, es decir expresiones culturales que aparentemente triunfan pero que ponen en riesgo a una sociedad, o incluso a toda la humanidad. En el segundo congreso internacional sobre evolución cultural, que tuvo lugar en Tempe, Arizona, en el otoño del 2018, Peter Richerson, uno de los fundadores de ese programa, dijo que la cultura del consumismo, dominante en los países occidentales y no sólo, ponía en peligro la supervivencia del género humano por sus efectos devastadores en nuestro ecosistema. Es un buen ejemplo de cómo una forma cultural de gran éxito puede resultar desastrosa a medio y largo plazo, lo que plantea serias dudas sobre la dirección y dinámicas de la evolución cultural.

Volviendo a nuestro tema, podemos fácilmente aceptar – teniendo en cuenta el cuadro histórico – que el cristianismo –incluida la Iglesia católica– ha evolucionado a lo largo de los siglos, conservando ciertamente sus escritos canónicos y un núcleo duro de tradiciones. Sin

¹⁸ R. BOYD, “Cultural Adaptation and Maladaptation: Of Kayaks and Commissars”, S. V. GANGESTAD, J. A. SIMPSON (eds.), *The Evolution of Mind: Fundamental Questions and Controversies*, The Guilford Press, New York 2007, 327-331

embargo, se vuelve más complicado apostar por una línea evolutiva u otra; es decir, es muy difícil acertar cuando intentamos predecir qué variaciones podrían funcionar mejor en un futuro cercano, o qué formas se podrían adaptar mejor al ambiente de las sociedades avanzadas, para asegurar la supervivencia y significatividad de la fe cristiana, o qué cambios resultan más oportunos y cuáles más dudosos o arriesgados.

4. Concluyendo con prudencia y asumiendo riesgos

El escueto análisis realizado puede no inclinar la balanza en ninguna dirección, puesto que los motivos y argumentos en favor de mantener lo más fielmente posible las tradiciones católicas pueden estar tan justificados como los que apuestan por reformas que introducen cambios sustanciales, como es el caso de la disciplina sacramental con las personas divorciadas, o la revisión de la exigencia de celibato como condición para recibir las órdenes sagradas. De todos modos, estos análisis pueden arrojar cierta luz y ayudar a diseñar algunas estrategias.

En primer lugar, la incerteza que resulta de ese complicado panorama, en el que lo adaptativo puede

ser lo aparentemente contra-adaptativo; y donde lo que parece tener más éxito resulte contraproducente de cara a una buena adaptación, aconseja mantener un abanico de posibilidades abiertas a la dinámica de prueba, error y corrección. Se puede objetar que algunas de las aperturas reclamadas, una vez practicadas, es difícil corregirlas y volver atrás. Probablemente, eso es algo discutible, y la historia está llena de casos de reformas y contra-reformas. En mi opinión, es mucho mejor asumir una estrategia abierta a pruebas de una cierta provisionalidad, o de asumir riesgos—como sugiere el Papa Francisco—con la condición de que—tras un tiempo prudencial—puedan revisarse y adoptarse de forma más estable o, de lo contrario, esas prácticas deberán desestimarse y ser abandonadas. Tenemos probablemente algunas indicaciones prácticas que provienen de la praxis en otras iglesias, aunque no es seguro, ni mucho menos, que lo que funciona en otros ambientes lo haga en el nuestro y al revés.

Junto a la indicación que invita a experimentar y a observar los resultados para tomar las mejores decisiones, también se añade otra similar: conviene mantener distintos estilos o estrategias en la Iglesia, dentro de un esquema de sana competencia: un estilo más tradi-

cional, junto a otro más abierto a la innovación o más liberal. Una primera razón es que seguramente conviven en la Iglesia ya varias almas o estilos, y sería justo dar espacio a todos ellos. El segundo es que una forma religiosa plural y con varias opciones puede resultar más adaptativa que una con una única opción o estilo. La tercera razón es que sería buena una sana competencia entre esos modelos, que estimule la creativi-

dad y el empeño en el seguimiento evangélico; las sociedades sin competencia acaban estancándose y se vuelven menos flexibles.

Lo dicho invita desde luego a una actitud de gran tolerancia y flexibilidad, que evite rigideces y exclusiones, y que consagre un modelo realmente 'católico', es decir, plural y universal. Dicho modelo refleja tanto una co-presencia de tradiciones como un espacio innovador. ■

La ciencia y la religión en el mundo

John Hedley Brooke
Ronald L. Numbers (eds.)

Una gran introducción al modo en que los seres humanos combinamos la forma de entender la naturaleza y lo sobrenatural. Ofrece estudios bien fundamentados sobre la ciencia y la naturaleza en el judaísmo, el cristianismo, el islam así como en las antiguas tradiciones religiosas que todavía perviven en regiones como China, la India o el África subsahariana.

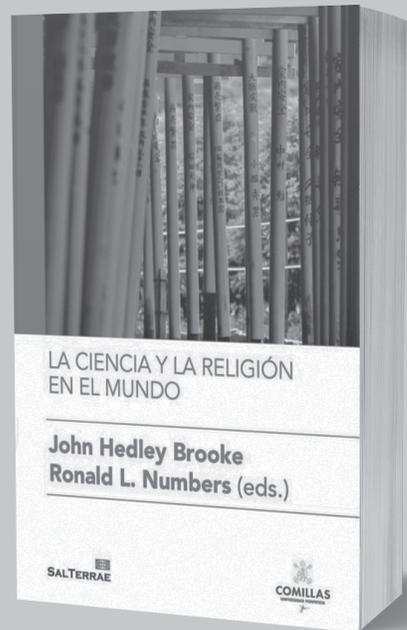
Un libro para descubrir la importancia de las perspectivas plurales y del lugar geográfico en la construcción y la percepción de las relaciones entre la ciencia y la religión.



La ciencia y la religión en el mundo

John Hedley Brooke
Ronald L. Numbers (eds.)

ISBN: 978-84-8468-821-1
Universidad Pontificia Comillas,
Sal Terrae, 2020.



SERVICIO DE PUBLICACIONES

edit@comillas.edu

<https://tienda.comillas.edu>

Tel.: 917 343 950